

# EL DIARIO MURCIANO

UNA PESETA AL MES.

PERIÓDICO PARA TODOS.

REDACCIÓN: BALSAS, 1.

## Centro Fotográfico Villar

En vista de la numerosa clientela que cuenta este antiguo y acreditado establecimiento, y con objeto de servir al público con prontitud y esmero, ha contratado a un fotógrafo, tanto de retratos, como de ampliaciones, que en el difícil arte de la fotografía, lo domina como pocos.

Dicho fotógrafo ha estado encargado bastante tiempo de la acreditada fotografía madrileña del Sr. Company.

### AL DIA

LA BURGUESÍA Y LOS GOBIERNOS

Dicen los enemigos del orden del régimen y de la actual constitución de la sociedad, que la burguesía española es la más ignorante de todas las burguesías, la que está peor educada para el empleo del capital, para la industrialización, para la lucha económica.

Si fueran más expansivos los que tal afirman y no tuvieran muy en cuenta lo que les conviene, podrían añadir que la burguesía española es la más cándida y la más liberal del mundo.

Si no fuera así, habría asociado ya para todos los económicos, para resistir a las insolencias e imposiciones injustas y fuera de lugar de los obreros, y para evitar que, aprovechándose de los medios del capital, se extendiera la propaganda socialista y anarquista.

Si la burguesía española estuviera educada para las luchas modernas, ó tendría una prensa propia, vigorosa, que limitara los exabruptos y las injusticias del socialismo y del anarquismo, ó no consentiría que su prensa esparciera y hasta ensalzara tales ideas.

Si la burguesía española conociera bien sus intereses y los de toda la nación, no convertiría en arma política al anarquismo ni al socialismo; porque éstos, crecerán más, se harán más poderosos a medida que se debilita a los Gobiernos y se les resten medios de defensa.

Limitaría, además, esas propagandas, y hasta impediría que el veneno destructor que ciertos libros y publicaciones contienen, sirvieran para llevar la perturbación a los cerebros de más de cuatro infelices que vivían tranquilos, resignados con sus medios de vivir, conformes con las palabras del maestro: «siempre habrá ricos y pobres entre vosotros», y que hoy,

por la propaganda socialista y anarquista, protestan, gritan, se rebelan contra todo lo existente, arrojan bombas que destruyen a seres inocentes, y emplean el puñal y el revólver para borrar del libro de los vivos a presidentes de la República, reyes y ministros.

Sí, hay que decirlo con claridad, la burguesía española ha dado lugar, con su ineducación para las luchas modernas entre el capital y el trabajo, entre la realidad y la utopía, a que el anarquismo haya tomado nuestra patria por campo de sus hazañas, por terreno experimental de sus crímenes.

Con sobreponer al obrero material al intelectual, ha dado lugar a que éste sienta una cólera sorda por la burguesía, y se ha privado de un elemento poderoso de defensa, de un dique muy resistente para contener el socialismo y el anarquismo, pues digan lo que quieran los fanatizados, la lucha de clase existirá siempre, y el obrero odiará al que vive de la inteligencia.

¿Hasta cuando va a continuar en la inacción la burguesía española dejando que los enemigos de la sociedad, del orden, del talento, sigan campando por sus respetos y perturbándolo todo?

¿No ha llegado ya la hora de la defensa, de una defensa meditada, honrada, lógica, que normalice la marcha y el desenvolvimiento tranquilo de la vida en todas sus manifestaciones?

La inacción es, en las cuestiones sociales, el peor de los delitos; el delito de lesa patria y de lesa humanidad.

### CUENTOS AJENOS

## LA SELVA DE LA MISERIA

Un joven se encontraba en una fría noche de invierno a la entrada de un bosque cuyo sólo aspecto inspiraba terror.

Corpulentos árboles con la corteza amarillenta y las ramas sin hojas, espesas cepas nudosas a cuyos pies crecía la espina, estrechos y sinuosos caminos erizados de guijarros y que se bifurcaban y volvían a juntarse de nuevo como los hilos de una enlambentada redcecilla, escaramujos, eso era todo lo que allí se encontraba.

El joven caminaba de prisa: una visible preocupación oscurecía su frente y absorbía todo su pensamiento, puesto que no advirtió que a medida que avanzaba, los árboles y los arbustos se aproximaban más unos a otros y se enrarecían los caminos.

Y continuaba siempre avanzando. Pero muy luego, desesperando de poder salir del laberinto en que se había metido, se dejó caer al suelo sin fuerzas y ya no sintió más.

Reconoció mucha tiempo así, porque el frío había helado sus tímidos miembros. El cansancio de una larga marcha había concluido con todas sus fuerzas y el hambre le había dado torera a su esónago.

De repente, el dolor obligóle a lanzar un ¡ay! que repitió el eco a lo lejos.

Alzó la cabeza y se encontró con que tenía delante tres hombres a quienes no había ni sentido venir.

Temblo; la mirada de aquellos tres hombres se posaba con firmeza sobre la suya.

Llevaba uno un traje de tela de oro ceñida al cuerpo por un cinturón cuyo broche producía un brillo fosforescente; de su lado izquierdo pendía una espada. El segundo llevaba un traje negro y una cinturón encarnado; el tercero, una túnica azul y un cinturón de cuero; llevaba en la mano un hacha en la que se apoyaba.

—¿Qué haces ahí?, dijeron a un mismo tiempo los tres compañeros.

—Estoy agnuzando, contestó el joven; tened piedad de mí.

—¿Qué quieres?, exclamaron los tres.

—Salir lo antes posible de este maldito bosque.

—Dígame de entre nosotros ob que haya de acompañarte, pues te hace falta tan sólo un guía, y tú eres el que debes designarlo.

El joven dio un vistazo a cada uno de aquellos tres hombres, que esperaban en silencio el resultado del examen, y le llamó la atención el que estaba vestido con el traje de oro, porque los rayos de luz que despedía aquel iluminaban el espacio.

—Te escojo a tí, repuso el joven.

Una extraña sonrisa se dibujó entonces en los frios labios del desconocido, y le tendió la mano al joven, al mismo tiempo que sus dos compañeros desaparecieron como una visión.

Mudo de terror, agarró el joven la mano de su guía y partieron.

—¿Qué marcha más rápida aquella! Desaparecieron los árboles todos tras ellos y resonaba de continuo el ruido de sus pasos; sin embargo, había transcurrido una hora y se hallaban en el bosque.

—¡Ay, qué cansado estoy!—murmuró el joven deteniéndose en mitad de una encrucijada formada por la reunión de varios caminos.

—El camino es todavía largo y nuestras piernas son demasiado débiles para conducirnos hasta el final; pero pronto va a pasar por aquí un viajero a caballo, sobre el que montaremos los dos.

—¿Qué horror! ¿Quién eres tú entonces, quién eres, dime, qué tales cosas me aconsejas?

—El Crimen—contestó el desconocido.

—¡Vete, vete!—le dijo el joven y cayó en tierra.

Se oyó una carcajada infernal y se quedó el joven solo.

Se levantó, y al hacerlo se encontró delante de los otros dos compañeros.

—¿Qué haces aquí—le preguntaron.

—Agonizo, contestó el joven, tened piedad de mí.

—¿Qué quieres?

—Salir lo antes posible de esta maldita selva.

—Elego de entre los dos uno que te acompañe, porque te hace falta un guía y lo debes escoger tú.

Y el joven echó una mirada a aquellos dos hombres, fijando su atención en el que iba vestido de negro y llevando un cinturón rojo.

—Te escojo a tí, contestó.

Y entonces el desconocido, sin decir un sola palabra, se sonrió y le alargó la mano al joven mientras que su compañero desaparecía como una visión.

Mudo de terror, agarró el joven la mano de su guía y partieron.

Marcharon una hora y llegaron al borde de un abismo de donde salían gritos y sollozos.

—¡Ah! qué cansado estoy, murmuró el joven deteniéndose.

—Aún es largo el camino y nuestras piernas son demasiado débiles para llevarnos hasta su conclusión; por lo tanto, te he traído aquí para ofrecerte el único medio de salir de esta selva.

En el fondo de este abismo se halla la muerte que libra de todas las penas.

—¿Qué horror! ¿Pero quién eres tú, que me aconsejas eso?

—La Desesperación, contestó el desconocido.

Se oyó entonces una carcajada infernal y el joven se quedó solo.

Se levantó y se encontró delante del tercero de aquellos compañeros.

Al acordarse de los nombres de los otros, trató de huir, pero el desconocido lo detuvo.

—Ven conmigo; el camino es todavía largo, pero Dios ayuda al que sufre.

El joven lo miró y le tendió igualmente la mano, pero el desconocido se contentó con marchar hacia el paso de-

